

Expresidente del Sindicato Médico del Uruguay

Dr. Orlando Pereira

El 18 de mayo falleció el Dr. Orlando Pereira a los 81 años de edad.

Con Orlando nos conocimos en la década del cuarenta cuando él terminaba su internado en el Hospital Maciel. Poco después integramos la Clínica del Profesor Juan C. del Campo, donde nos formamos en la Clínica Quirúrgica. Orlando era ya una figura descollante en aquel núcleo que giraba bajo la égida de uno de los grandes maestros de la cirugía. De carácter alegre, ocurrente, vivaz, de expresión oportuna y sana, adecuada a cada ocasión, trasluciéndose quizás en su modalidad sus ancestros andaluces. No era un fiel cumplidor del horario de llegada que nos exigía el profesor, pero sus tareas las realizaba ampliamente, extendiéndose en el horario vespertino hasta donde fuera necesario sin apresuramiento y con responsabilidad. Así lo vimos ir formándose como un cirujano hábil y resuelto, respetuoso y profundamente humano. A cada paciente así como a los familiares les hablaba de modo tranquilo, amable e inspirándoles confianza, informándoles de lo que se haría en el acto operatorio, y del mismo modo en el posoperatorio. Sólidamente formado como cirujano, estudiaba patología, técnica quirúrgica y sabía lo básico de clínica médica.

Una firme amistad se había plasmado entre nosotros. Por la década del cincuenta nos manifestó en reserva que había decidido irse a la ciudad de Rivera. Inmediatamente le manifestamos que nos parecía muy acertado el planteamiento, fundamentándonos en el conocimiento que teníamos del ambiente médico de ese departamento.

En Rivera actuó casi 20 años; pudo desarrollar ampliamente sus dotes de cirujano y de formador de otros colegas. Allí adquirió el carácter de líder de la asistencia médico-quirúrgica. En el hospital trabajaba largas horas, y de igual modo en la actividad extrahospitalaria, viendo a sus operados dos o más veces en el día. En la precariedad de los medios técnicos había improvisado instrumental que él mismo idea-

ba en un pequeño taller que había creado en su casa y donde podía desarrollar su creatividad y habilidad manual. En esas dos décadas en Rivera, fue el verdadero motor de la medicina de la frontera.

Allí fundó con otros colegas el Sindicato Médico de Rivera y el Sanatorio de esa localidad, cuya sala de operaciones lleva hoy su nombre. Mantuvo muy alto los principios éticos, deontológicos y humanos de la asistencia médica.

Transcurridas esas dos décadas, Orlando decidió regresar a Montevideo, ante la sorpresa y desconcierto del pueblo riverense que veía partir a su amigo, su médico, su cirujano. Índice elocuente de ello fue que cuando partía con su familia, en la carretera de salida se acumularon numerosos riverenses a darle su despedida y solicitarle una vez más su permanencia en la ciudad.

En Montevideo nos encontramos nuevamente en el trabajo, era el mismo en lo afectivo, en lo ético, con un bagaje de conocimientos y experiencia mucho mayor, muy hábil cirujano, medido siempre, con profundo respeto por el enfermo. Trabajamos en el mismo equipo quirúrgico en el CASMU y en pacientes fuera del mutualismo. Fue cirujano de urgencia del hospital

Pasteur; tenía el hábito de concurrir en las tardes a las guardias a ver los enfermos difíciles, dialogaba con los médicos internos y practicantes en un cambio de opiniones distendido, ágil, como era costumbre en él, transmitiendo su sólida experiencia en un ambiente de amigos.

Su adhesión al Sindicato Médico del Uruguay y su responsabilidad gremial lo llevó a la Presidencia del Comité Ejecutivo.

A comienzos de 1982, al terminar una intervención, nos sorprendió al decirnos con mucha tranquilidad y sin darle trascendencia: «El 1° de junio me retiro y dejo la cirugía». Al preguntarle por qué esa determinación estando en la plenitud de sus condiciones psíquicas y físicas, nos respondió: «Dejo la cirugía antes que la cirugía me deje a mí». Sabia, valiente, sensata e infrecuente decisión. Extraordinaria lección de un cirujano.

En esta larga y cálida amistad, lo vimos sobrellevar con Ana María durante largos años el dolor espiritual que, en el periodo negro que pasó nuestra Patria, lo alcanzó muy profundamente; lo soportaron juntos con entereza, ayudados sin duda por su profunda creencia religiosa.

Si quisiéramos dar una definición de Orlando Pereira, diríamos que ha sido un médico que ha sabido conjugar su actividad quirúrgica, donde se desprendió siempre de su mundo físico, no conociendo fatigas, no buscando comodidades ni doblándose ante su dolor espiritual, con su conducta de hombre recto, afectivo y profundamente solidario.

Pero no concebimos a Orlando sin Ana María, que ha sido su permanente apoyo, vigilante, viviendo constantemente todas sus vicisitudes con la intensidad que sólo una excepcional mujer puede hacerlo.

Tuvimos la suerte de que con amigos muy afines nos reuníamos periódicamente, contando con él siempre entre nosotros, hasta la última semana antes de dejarnos físicamente. ■



Dr. Muzio Marella
18 de junio de 1996